

## ***Matrioska querida...un viaje de ida y vuelta***

Mirar hacia atrás y pretender entender desde hoy lo que aconteció hace apenas dos, tres o cuatro décadas parece a veces una quimera. Como ejercicio emotivo, la memoria, ya se sabe, es siempre selectiva y guarda una relación muy especial con el pasado. Lo que en un momento nos colmó hasta saciarnos, tras el paso de los años, vuelve con otra fuerza, otra claridad, despojado de prejuicios. También está la nostalgia: para unos, de sus mejores años, de los “momentos felices” y ni tanto, pero sobre todo de la idea que guardamos de esos momentos.

Hurgar en la memoria y la construcción de una identidad desde la distancia (física, histórica, cultural) que supuso para miles de mujeres rusas su llegada a esta isla, es la intención del reciente trabajo fotográfico de Lissette Solórzano. *Érase una vez... una Matrioska*<sup>1</sup> se adentra en el espacio íntimo de algunas de estas féminas, tras las huellas de una tradición y una cultura que, pese a años y años de estrecha relación entre ambos países (o entre las varias repúblicas inmersas en una y la Isla), aún resisten el embate del tiempo manteniendo su origen. La impronta de estas mujeres en la vida de sus familias constituye el centro de atención de la fotógrafa. De ahí que explore el tópico de su “integración” a la sociedad cubana, sus intentos por adaptarse al nuevo espacio, sobre todo luego de la debacle de las CCCP. Pudiera decirse que al crear su familia, nueva y mestiza, cargada de referentes y vacíos, estas mujeres lograron redefinir su historia. Fundar desde cero les permitió reinventarse, pero esencialmente las impulsó a mantener vivas, en la medida de lo posible, las raíces y tradiciones de su cultura, rica en matices – de acuerdo a la región de procedencia–, que guardaba poca relación con los fundamentos y orígenes de la cultura de acogida, en este caso, cubana.

Pese a la fuerte conexión que mantuvimos con esa otrora gigante nación euroasiática, siempre me sorprendió que, acabados los ochenta, y Perestroika mediante, cuando se esfumaron no sólo una infinidad de productos de consumo doméstico, revistas, programas de televisión; los viajes que regularmente realizaban profesionales destacados (de las más diversas ramas), estudiantes y trabajadores a la URSS, nos quedara tan poco en el aspecto físico, material, de ese intenso intercambio.<sup>2</sup> Las últimas *Misha* que tuve del 89 o el 90, las recetas de cocina que coleccionaba en aquellos años, tomadas de las *Sputnik* y que me atraían por la “rareza” de sus ingredientes; las fotos que guardan mis padres de su visita meteórica (apenas dos semanas) por Rusia y Ucrania –casi irreconocibles a mis ojos entre la nieve y los abrigos–; las piezas artesanales del folclore más estereotipado; y ya en los noventa, mi visión del cine soviético, me llevó a

conformar una imagen de de esos años, fragmentaria por supuesto, que aún está por definirse.

Entonces, cómo no comprender la fascinación inicial de Lissette Solórzano por los objetos y el especial tratamiento que tiene en sus imágenes cuando los ilumina en tenues colores y crea un contraste con el blanco y negro de los retratos. Al entrar en el espacio doméstico, fue esa cultura material que queda todavía soterrada, ya desgastada por el uso y la refuncionalización, el punto de partida. Sin embargo, una vez traspasado el umbral, cuando esas *matrioskas* superaron el temor de descubrir su intimidad al ojo inquieto de la fotógrafa, y tras la conversación inevitable, Lissette detectó un aspecto esencial que devino hilo conductor de toda la muestra: la mujer-madre como eje del que depende gran parte de la herencia cultural rusa en la Isla. Tanto Irina, Tamara, Alexandra, Antonina, Carolina, Liudmila como Elena...están conscientes de su papel en la transmisión de las costumbres y la historia: una degustación del té con las amigas, el uso de la pañoleta cubriendo el cabello de las casadas en su visita a la iglesia, extensivo también sus hijas, o incluso, enseñar la lengua materna y la historia familiar, son algunas claves para entender este proceso. Aquella imagen en la que una niña abraza desde atrás a su madre en la iglesia no sólo es fuerte por su composición visual, sino como símbolo de continuidad, tradición y amor filial. Tópicos, por demás, esenciales para la preservación de toda cultura.

Ahora bien, ya anteriormente, el arte cubano exploró las influencias de la estética y la cultura del otrora campo socialista en nuestro país.<sup>3</sup> Por sólo citar un ejemplo reciente, el proyecto *Vostok* fue Premio de Curaduría del Centro de Artes Plásticas y Diseño 2007 (Curaduría de Freny Fernández y Victoria M. Gallardo) e intentaba mostrar estas reminiscencias presentes en una generación de jóvenes, y otros menos jóvenes artistas cubanos. *Vostok* partía de un interés ontológico y social, buscaba en la cultura material y su reflejo en el arte, intentando demostrar la relación de conflicto en la cual la nostalgia y el cinismo son algunas de las posturas a tomar, o más bien analizando cómo en la era postsoviética se da, por una parte, una revalorización edulcorada de la época, y por otra, su revisión crítica.<sup>4</sup>

En el caso de *Érase una vez... una Matrioska*, la fotógrafa indagó en el interior de cada casa y la vida de estas mujeres, con el afán de mostrar su singularidad étnica y cultural. Su vocación casi antropológica intenta presentar la identidad eslava –tan lejana a nuestros ojos– como algo que nos toca de cerca también, ya sea en la herencia genética de sus familias, en la mezcla indiscriminada de artesanías e imaginaria, de iconos, tradiciones religiosas cubanas y rusas, o, sobre todo, en las fotografía y los álbumes

personales. Ahí estriba el diálogo que establece Lissette con las familias retratadas: hacer converger su mirada *exterior* y la historia privada de cada una de estas *matrioskas* teniendo como centro la fotografía. De esta forma, en la exposición se incluía, además, un secuencia de diapositivas con imágenes de la fotógrafa y otras pertenecientes a dichas mujeres (al efecto, presentes en la inauguración), en las que podíamos descubrirlas de pequeñas jugando en la nieve, ataviadas en traje tradicional frente al Kremlin, junto a sus hijos, vestidas de milicianas o de novias en su bodas, bailando a su llegada a la isla, mirando su álbum de fotos familiares, e incluso podían reconocerse a sus ancestros enfundados en uniforme, sentados a una mesa o en ropa corriente en un estudio fotográfico. La música acompañante en las voces del Coro del Monasterio Sretensky de Moscú dotaba de fuerza a la pieza, con un aire nostálgico y emotivo, igual que las mejores y tradicionales baladas rusas.

La fotógrafa antes que revisionista, aboga por reconocer la necesidad de un estudio profundo sobre la impronta que, para el campo sociocultural cubano, significó la presencia de cientos de mujeres que vinieron a fundar su familia o pasaron un tiempo considerable de sus vidas en este país. Al margen de alineamientos políticos propios del contexto actual,<sup>5</sup> éste es un tema que tiene muchas aristas y es definitivamente materia para un ensayo más exhaustivo, máxime cuando sería interesante indagar igualmente en el viaje de vuelta que muchas decidieron hacer tras el derrumbe, o los vínculos más recientes de sus hijos con la patria materna. Asimismo, cabría analizar las implicaciones que en el plano de la identidad cultural tuvieron las generaciones de cubanos y cubanas que por diversas razones vivieron (y aún viven) allí. Para algunos, este intercambio fue un proceso que quedó trunco una vez desaparecida la URSS, y todavía hay quienes miran a los ochentas como la época dorada que se frustró, como el tope de ese futuro que mis padres veían “al doblar de la esquina”. Yo no sé pero creo que no es saludable vivir en (del) pasado. Mejor tratar de elucidar cuál es el camino hoy a seguir, a sabiendas de *cómo* llegamos, para desde ahí construir lo que queremos ser y tener.

### **Nahela Hechavarría Pouymiró**

(Santiago de Cuba, 1980).

Especialista de artes plásticas.

---

<sup>1</sup> Título de la exposición que realizara la artista con motivo de la X Bienal de La Habana en los meses de marzo y abril de 2009, en la Galería Espacio Abierto de la revista *Revolución y Cultura*.

<sup>2</sup> Salvando por supuesto la herencia de una pléyade de chicos que bajo los nombres de Katia, Boris, Tamara, Pável, Tatiana, hasta Stalin o Lenin, encontré a lo largo de mis estudios escolares y que sin duda son hijos del entusiasmo y la poca previsión.

---

<sup>3</sup> Si bien Asori Soto exploró en su documental *Good Bye Lolek* (2005) la influencia de los dibujos animados producidos en el antiguo campo socialista en una generación de jóvenes cubanos entrevistados al efecto, desde mucho antes, en los propios años ochenta, artistas como Ciro Quintana y Glexys Novoa, o ya en los noventa, René Francisco y Eduardo Ponjuán con su obra a dúo *Productivismo* (1992) o *La diestra* (1991), *El ateo erguido* (1990) de Esterio Segura, y algunas obras de Lázaro Saavedra, exploraban la impronta de la estética del realismo socialista como referente.

<sup>4</sup> Algo singular de este proyecto es que concebía además de su presentación en la galería, la intervención de un espacio extra-artístico: un taller de reparaciones del mismo nombre ubicado en la calle San Lázaro. Este desplazamiento fuera del campo artístico conllevó conflictos también a nivel de espacio, de concepción, y aprobación.

<sup>5</sup> Contexto en el que parece haber nuevos acercamientos en el plano cultural, y donde el hecho de que sea Rusia el país invitado a la Feria Internacional del Libro del próximo año es apenas un reflejo del fecundo intercambio económico-político que está teniendo lugar actualmente con esa nación.